

—Présteme usted unos cajones vacíos para poner mi nacimiento.

Le presté los cajones y vi cómo los chicos, en un trajín de fiestas, acarreaban el heno y las ramas de pino y las chinitas del arroyo, y cómo de un viejo arcón apolillado salían todos los personajes, en una caravana de siglos.

Se encendieron las luces, tintilaron las campanitas de los báculos que llevan los pastores y se escuchó el gorgorito alegre de los pitos de aguinaldo.

—¿Vamos a ver el nacimiento de doña Praxeditas?

—Vamos. . .

Bajo el árbol tradicional, Eva sostiene en una mano la manzana hiperbólica y con otra, oculta la rodela de un seno, sin que sea fácil precisar si lo que ofrece es la fruta de carne rosada, o la poma de encendido color, en tanto que Adán, indeciso parece repetir el juego aquel: de tén, marín, de do pingüé. . .

Un paso más y Adán, huraño y pensativo descende por una senda tortuosa, mientras que Eva devora con los ojos el rostro imberbe del ángel de la espada flamígera y sus labios sonríen con esa grácil coquetería con que todas las mujeres han sonreído después a militares y a toreros.

En lo alto de un monte supino élévase el portal en donde Jesús patalea desnudo y blanco, como amasado con escanda, bajo la crédula sonrisa de José y el cabal beneplácito del buey y de la mula. En un plano de arena que imita fielmente el Desierto de Sahara, un ángel lleva del ronزال la burrita que conduce a María —¿quién osará discutir el sexo de la bestia? La virgen encuna en sus brazos al Niño Jesús y lo aprieta amorosamente sobre su corazón; José camina a su vera, con el aire satisfecho de una buena persona que va de día de campo, y el ángel se resguarda del sol con uno de esos sombreritos que mi madre lleva aún, cuando viaja, sin preocuparse del brinco que, de entonces a acá, ha dado la moda.

La Sagrada Familia huye a toda prisa del sanguinario Herodes, de Herodes el infanticida que, si viviera en nuestros tiempos, no pasaría de ser un tocólogo\* distinguido.

\*Consultar Glosario

En el declive de una ladera, la cabaña levanta su rústica armazón y bajo su plácida sombra miranse a Gila y a Bato practicar el deporte final del matrimonio: rascarse. No lejos de allí está un hombre tumbado sobre la hierba muelle: Bartolo, el fundador de la numerosa secta de los holgazanes, cuya doctrina se encierra en este postulado perfecto: que trabajen los tontos.

Bato y Bartolo dialogan líricamente los versos de las pastorela:

—Levántate ya, Bartolo,  
ven a conocer a Dios.

—Si quieren que lo conozca  
levántenme entre los dos.

—Bartolo, por tu flojera  
el Diablo te ha de llevar.

—Como me lleve cargado  
ni cuidado me ha de dar.

Y ¡oh, portentoso anacronismo de doña Praxeditas! ¡Oh, prodigio que nunca imaginaran ni el divino Leonardo, ni Verne, el novelista de los vaticinios maravillosos! Junto al castillo de Herodes, en cuyas almenas hacen guardia multitud de soldados de cartón, con su fusil al hombro, una locomotora sale por el ojo de un túnel y al eco de su silbato, los tres Reyes Magos apresuran el paso: Gaspar, taloneando su blanca hacanea; Melchor, azuzando su potro retinto, y Baltasar, balanceándose acompasadamente sobre la montaña rusa de su camello.

En una pequeña planicie se agrupan las casas de un pueblo como si hubiese caído un lamparón sobre la túnica severa de la Historia Sagrada. Aquí sobresalen las torres de un templecillo de yeso; allá la plaza de armas, con sus portales iluminados y su fuente rodeada de aguadores angarilleros; aquí el atrio en donde una beata se estira para alcanzar y besar la mano del vicario, y más allá la vendedora de bu-

ñuelos, la mesa de los dulces, el volantín, el nevero y un grupo de ladrones de barro, con sus chaquetas bordadas de oro y sus relucientes botonaduras, jugando a las cartas, tendidos en el suelo.

Campiñas húmedas y tiernas, en donde triscan numerosos rebaños de Tlaquepaque; arroyos de papel plateado, muertos para el reflejo; lagos inalterables en los que bogan cisnes de celuloide, blancos y breves, y sobre una roca escarpada, dominándolo todo, magnífico en su solitaria rebeldía, el Diablo cornudo y viejo, que parece gritar a los cuatro vientos:

¡Espectáculo sugestivo! ¡Busquen los prospectos del señor Alighieri! ¡Entrada a módico precio para las doncellas que por arte de birlibirloque dejan de serlo; para los que envidian, para los amigos infieles, para los falsos sacerdotes que no predicán con el ejemplo; para los gobernantes engreídos y déspotas; para los poetas de vanguardia que involucran en el arte cuanto hay de bello; para los sodomitas; para las mujeres que se refocilan con sus maridos pensando en otros hombres y cometen espiritual adulterio y, sobre todo, preferencia para los ricos avaros, orgullosos y necios con cuyos escudos relucientes convertirán en ascuas vivas del Infierno!

Contemplando el nacimiento de doña Praxeditas yo también me he sentido dios, y he abarcado con una sola mirada el mundo, y me he bebido los tiempos, y he visto pequeños los astros, menguadas las montañas, y los hombres como muñecos despreciables.

Que por ello no me incluya Satanás en su nómina.

¡Navidad, navidad, a tu amable conjuro hago retroceder mi recuerdo, como las manecillas de un reloj que se pone a la hora, y oigo resonar dentro de mi alma el tintineo regocijado de las campanitas de los báculos que llevan los pastores, y el gorgorito alegre de los pitos de aguinaldo. . . .

¡AI VIENEN!

LA PALOMA DE TIA CASILDA

¡Ai vienen, compadrito! —díjome Perea, entrando hasta el sotabanco, con aque-

llo del susto, y sirviéndose un buen vaso de aguardiente.

—No se crea de borregos, —le atajó mi padre—, ni nos venga a correr con sus cuentos los marchantes, ahora que es domingo.

—Palabra que ai vienen, —insistió Perea soltando el vaso, ya sin una gota, sobre el mostrador de la tienda.— Los vieron en Puente Coraza y de allí a aquí no hay más que un paso.

—Bueno, pero ¿quiénes son los que vienen?— repuse yo, desentendiéndome de una vieja que me pedía un centavo de azúcar con su correspondiente pilón de canela.

—Pues ¡quiénes han de ser, compadrito! Inés y los hermanos de lo ajeno. Lo más granado de la Revolución. Esos inocentes angelitos que, según usted, todo lo merecen por pobres y que ya no se molestan en trabajar ni en pedir nada, ¡que para algo traen la carabina en la mano!

—No confunda las cosas, compadre, y dígame quiénes, cómo y dónde los vieron, para discernir si es cierta la noticia.

—Lo dijo El Potranco que venía de Acuitzio con unas cajas de cerveza, que le quitaron en el camino los mismos rebeldes. Dice que son seiscientos diablos desatados y, ¡cuántas cosas refiere de ellos! Lo que pasó en San Andrés es horroroso: quemaron las casas, asesinaron a los hombres, forzaron a todas las mujeres, sin respetar siquiera a las niñas; Inés Cháves mató con sus propias manos a dos inocentes criaturas porque no quisieron satisfacer sus depravados instintos.

¡Terrible, compadrito, terrible! El Potranco viene enfermo del susto y no hace más que temblar cuando relata lo que vió con sus ojos. Imagínese a las chiquillas, una de trece y otra de catorce años. Las escondió su padre, el carpintero de la hacienda, dentro de unas pilas de rastrojo, pero los bandidos necesitaron el forraje y allí las encontraron, a punto de asfixiarse. Primero, llevaron la mayor a Inés, pero como ella se resistía y forcejeaba, apretando las piernas desesperadamente, el sátiro, furioso le desgarró los muslos con un puñal, le rebanó los senos que apenas eran dos montoncitos de carne temblorosa, y se entretuvo grabándole en la piel

sus iniciales con la punta de una daga, como en la corteza de un árbol. Después, a la otra, la más chica, llevaronla hecha un mar de lágrimas, y corrió la misma suerte que su hermana: Inés la golpeó, la ultrajó y acabó por matarla, cansado de no obtener de ella un placer fácil y completo. Estas son las fieras que vienen ahora a visitarnos— agregó Perea, rojo de indignación, alzándose otro vaso de vino.

—Pero, tal vez el destacamento logre rechazarlos.

—Veinte hombres contra seiscientos. ¡Imposible!

Mi tienda fué llenándose de curiosos que comentaban la noticia, unos asegurando que Inés había tomado el rumbo de Quiroga, y otros haciendo crónica espeluznante de sus incursiones por los pueblos vecinos, para más entullirnos el ánimo, ya de por sí tan apocado.

—En Villa Morelos colgó un vecino de cada pilar de la plaza y les prendió fuego, como Nerón a los cristianos.

—En Coéneo cortó las plantas de los pies a los prisioneros, y así los hizo andar por los caminos pedregosos.

—Dicen que trae un verdugo a sueldo que ejecuta sentencias, y para no gastar el parque, sacrifica sus víctimas a puñaladas.

—También carga un invertido que impone tormentos sodomitas a los plagiados.

Yo comencé a referir lo que sabía:

—El lugar que más ha sufrido con las acometidas de García Chávez, es Cotija, mi tierra. La primera vez, antes de atacarla, dirigió unas letras al vecindario, pidiendo cien mil pesos de préstamos forzosos, pero quien recibió la carta, un tal don Juanito Silva, le dió muy poca importancia, olvidándola en uno de sus bolsillos. Costóle bien cara la imprudencia, pues al tomar el pueblo, Inés lo hizo buscar y lo colgó de uno de los naranjos de la plaza.

Las familias corrieron a refugiarse en la parroquia, con la esperanza de que ésta no fuera profanada, pero los bandidos echaron abajo las puertas y penetraron al templo, como potros salvajes, apoderándose de las mujeres. Las escenas que se presenciaron allí no son para describirlas.

Unas muchachas valerosas lograron escapar y huír con rumbo al río, pero su gesto de rebeldía fué inútil: les dieron muerte a tiros, cazándolas entre los jarales. Tuve el dolor de perder a unas primas amadas, quienes se entregaron a la muerte por salvar de estos hombres sus cuerpos vírgenes y puros.

¡Treinta y seis horas de violencias, de asesinatos, de glorioso pillaje! Setenta casas destruidas por las llamas y una multitud de doncellas destrozadas por este infame ejército de garrones desenfrenados.

Acometieron a una desdichada mujer cuarenta hombres consecutivamente, y ese mismo día expiró: otra infeliz se introdujo en un horno encendido para ocultarse de sus perseguidores, y allí quedó carbonizada; un caballero muy principal volvióse loco, mirando cómo abusaban de su esposa en el mismo lecho en que uno de sus hijos yacía agonizante.

— ¡Cuántas atrocidades sin castigo! —exclamó Perea.

—Y un rasgo, sublime en su sencillez, —proseguí yo—: el párroco de mi tierra, después de que los chavistas abandonaron el pueblo, convocó a todos los varones, y con patético acento los exhortó a que se casaran con las mujeres ultrajadas. “Uníos en el dolor —les dijo— y haced de vuestra desgracia, más que un dogal, una aureola”. Y en el término de tres días, todas las solteras de Cotija encontraron esposo, lo mismo las ricas que las pobres, igualmente las feas que las bonitas.

—Pero. ¿cómo surgiría este Inés Chávez, que parece un endriago del Infierno?

—Como la peste, como el cólera . . .

—También es culpable el Gobierno, cuya lenidad lo hace cómplice de estos crímenes. ¡Otra cosa sería si hubiera perseguido a García Chávez cuando lo acompañaban catorce hombres solamente!

—Yo conocí a Inés —continué— quizá ustedes lo recuerden también. Vino a Tacámbaro como asistente del coronel Valladares, y aun me parece que lo estoy mirando: bajito, moreno, desmedrado, taciturno. Era preciso un tirabuzón para arrancarle las palabras. Aquí, a mi tienda, venía con frecuencia y me pedía siempre lo mismo: una gaseosa de bolita. Sólo una vez lo ví sonreír cuando escuchó esta pregunta que hice a su Jefe:

—Dime, chato Valladares, ¿cuántas veces has corrido en campaña?

—Siempre que decorosamente he podido, —contestóme el interpelado, con su habitual descoco.

Salió Inés de mi tienda y quedamos hablando de él, Valladares y yo.

—Tienes un asistente ejemplar, con cualidades muy raras entre esta gente. Es temperante y discreto.

— ¡Cómo te engañan las apariencias, hermano! Este Inés Chávez es como la paloma de tía Casilda que, cuando se murió puras uñas de gavilán le encontraron en el buche.

El coronel Valladares acertó esta vez como un profeta. No en balde le habían puesto en Morelia, aludiendo a sus grandes barbas agarenas, este adecuado mote: El Profeta.

#### DESBANDADA

—Fíjate en este detalle —me dijo mi padre, bastante alarmado—: es domingo y no hay un alma en la plaza, ni tenemos un solo marchante en la tienda, ¿Será cierto lo que afirmó Perea?

—Ya lo estoy creyendo, papá, porque los rancheros tienen para el peligro el mismo golpe de vista que para la lluvia. ¡Cuántas veces oyen tronar y no se preocupan; otras, en cambio, levantan los ojos al cielo y huyen despavoridos ante una tormenta que nosotros ni siquiera prevemos! Corazonadas, o pálpitos, como dicen que dicen en la Argentina.

—Yo tengo ahora uno de esos presentimientos rancheros; ya verás como va a suceder algo trágico. Corre a la administración de la luz y pregunta por teléfono a La Planta si tienen alguna novedad, que de venir gente sospechosa, a fuerza pasarán por allí.

Las oficinas de la luz eléctrica del pueblo están a un paso de mi casa. Me remangué el mandil y brinqué el mostrador ágilmente, para obedecer a mi padre.

Con qué nervioso apresuramiento levantaban sus bártulos las gentes del mercado, y cómo discutían las mujeres que aun a esa hora se encontraban en el molino de nixtamal, muy asustadas unas, y las otras, tomando a broma los rumores alarmantes.

— ¡Ni lo quiera Dios que esos hombres asalten el pueblo, Libradita! Imagínese lo que sería de nosotras, —vociferaba una vieja de pelo gris, tan abundante de senos que parecía que llevaba sobre el abdomen un perro echado.

—Pues mire, doña Ramona, algunas ya lo quisieran para tener un rato de regocijo sin ofender a su Divina Majestad, como en el cuento que train por ai.

— ¡Cállese, Libradita, por San Antonio, que sólo de oírta me entra calentura!

—Y ¿es de la buena, o de la mala? Porque arregulo que usted es como la beata de Cruz de Caminos, que después que la jinetearon más de quince chavistas, gritaba, llena de resignación: — ¡Castígame más, Cristo de Carácuaro! . . .

Cuando llegué a la oficina de la luz, ya el jefe de la defensa civil había intentado comunicarse por teléfono con La Planta, sin obtener respuesta.

Era el jefe de la defensa un labriego de la hacienda de Puruarán con fama de atrevido, y tenía a sus órdenes unos quince rancheros mal armados, a los que él llamaba enfáticamente mi división, y entre los cuales había repartido grados y jerarquías militares, de manera que de los quince tan sólo cinco eran soldados rasos. El hombre estaba lívido, pero ofrecía defendernos hasta quemar el último cartucho.

—Subiré mi devisión a la torre, y allí me haré juerte —díjome, dándose aires de Napoleón que explicara a un amigo de confianza el plan de Waterloo. ¡Si al menos tuviera una metraladora!

Yo le aconsejé:

—Mejor váyase a La Mesa, que es la única forma de defender al pueblo.

—No quieren mis oficiales, porque dicen que si nos retiramos mucho de las huertas, nos chamuscan a todos.

—¡Malo, malo —pensé yo— éstos ya están calculando por dónde escapar! Más nos valdría que se marcharan en silencio y no comprometieran al pueblo, disparando unos cuantos tiros.

Asaltóme una extraña inquietud reflejada en el estómago, muy parecida a esa que sienten los cobardes a la hora del peligro y que, si no me engaño, se llama miedo.

Volví a mi casa muy atribulado, y parándome en una puerta de la tienda, dije a mi padre:

—Ciertos son los toros. Deberíamos esconder algo, lo de más valor, y ocultarnos también nosotros, porque nos van a dejar en cueros.

—Escóndete tú, si tienes miedo— contestóme mi padre con visibles muestras de enojo— que yo no abandono a tu madre aunque me cueste la vida, y menos enferma como está.

—No, papá, no es miedo, sino precaución— tartamudeé sin saber qué decir, admirado una vez más de la energía de mi padre.

De pronto, rompieron a correr las pocas gentes que había en la plaza y a chillar enloquecidas. ¡Ai vienen, ai vienen!...

Yo me planté de un salto en media calle mirando para todos lados como una liebre asustada.

¡Ai vienen!... gritóme don Jesús, el carnicero, cerrando estrepitosamente su puerta.

¡Ai vienen!... díjome Isidro, La Burra, que pasó corriendo cerca de mí, con la tabla de las tortas en la cabeza.

¡Ai vienen!... ululaba Cipriano el cojo, corriendo con las muletas en el aire, completamente ajeno a su renguera.

¡Ai vienen!... exclamaba desalentado Farfán, el arriero, encajando en las nalgas de sus burros, media aguja de arria para hacerlos andar más de prisa; él de por sí, tan cuidadoso de su hatajo.

Miré a lo alto de La Mesa y una flojedad angustiosa invadió mis miembros. ¡Doscientos, trescientos, qué se yo cuántos jinetes coronaban el cerro, despeñándose por todas las veredas y por todos los pasos, lo mismo que un alud de reses bravas!

Un toque de clarín clavóse, como una espuela, en los ijares del viento, y un horrible alarido de muerte bajó rebotando de tejado en tejado.

Mi voluntad me dijo entonces: ten valor, ten entereza; pero mis pies se hicieron los desentendidos y, cual si tuviese las alas de Mercurio, echaron a correr vergonzosamente...

#### ORACIONES Y TIROS

Corría como un gamo, cuando de pronto ví el zaguán de las Figueroas abierto. ¡Eureka! —pensé— por aquí puedo irme al curato, y del curato al templo, y en el templo quizá pueda esconderme, y escondiéndome allí tal vez pueda salvarme. De un salto introdujeme en la casa de las Figueroas cuando éstas intentaban cerrar su puerta, echando trancas y cerrojos. Las trancas eran auténticos morillos

y me parecieron delicadas espigas; los cerrojos eran fuertes brazos de hierro que cruzaban en toda su extensión las dos hojas del zaguán y yo los ví como insignificantes pestillos de hojalata.

Proporcionáronme una escalera las dueñas de la casa y me indicaron el sitio del corral que lindaba con el curato.

—Por allí caerá usted cerca del común, y dése prisa que está muy tupida la balacera.

Trepé algunos escalones, cavilando si aquello del común lo diría por el espanto que sin ambages delataba, y me apresuré a subir hasta lo más alto de la tapia, pero unos silbiditos extraños me hicieron volver la cabeza, a tiempo que por la esquina del Mulato bajaban, en una carrera de concurso, las hordas chavistas, disparando sus armas a diestra y siniestra y gritando desafortadamente:

— ¡Viva el general García Chávez!

— ¡Viva el proteitor de los probes!

Muy bien pudieron verme los bandidos, a horcajadas sobre la barda, y también hacerme blanco de sus proyectiles que zumbaban en mi redor con ese ruido de los alambres del telégrafo cuando reciben una violenta sacudida.

—Tírese como pueda —apremiaban las Figueroas, pero yo medía con los ojos la altura del muro de más de cuatro varas, y el temor de dislocarme un hueso deteníame en la tapia, expuesto a que un tiro clareara para siempre mi cabeza. El pánico deforma de tal manera el concepto del peligro que, por defender una uña, sacrificamos inconscientemente la vida.

Un compadecido acercóse con una tranca, del lado del curato, y yo bajé por ella con la facha ridícula del que resbala por una cucaña. ¡No fué, por cierto, muy halagüeña la cara que puso el cura cuando me vió en sus dominios! — ¡Esta oveja no es de mi rebaño! — pensó de seguro. Sin embargo, indicóme el camino de la iglesia y el lugar que, a su juicio, era más propio para que me escondiera.

—Váyase a la cripta del altar mayor, y no se asome para nada porque me compromete.

En tan reducido espacio, encontré a otras personas ocultas, y, de pronto, no me di cuenta de quiénes eran, pero cuando mis ojos se hicieron a la obscuridad, pude reconocer a las muchachas Gallardos, dos guapas morenas de formas exhuberantes, que yo miraba con gran codicia cuando pasaban frente a mi tienda. Aseguro y afirmo que, acomodado entre ellas, no me acometió ningún mal pensamiento y que mi carne nunca estuvo más tranquila que entonces, no obstante el calor que emanaba de aquellos cuerpos jóvenes y altivos, apretados inocentemente a mis piernas. El miedo es sedante, es humilde y es casto.

Ni una palabra, ni un comentario, ni un murmullo. Así pasaron entre nosotros horas y más horas, largas lentas, desesperantes. De noche ya, se percibió el sonido de unas espuelas que atravesaban el templo. Más tarde, la voz conmovida de un sacerdote que rezaba desde el púlpito la letanía:

Mater Salvatoris. . .

Consolatrix afflictorum. . .

Nadie le respondía. Solamente, a lo lejos, escuchábase tiros aislados contestando a las oraciones piadosas con su blasfemia salvaje.

#### NOCHE TRISTE

Llegó la aurora, como doncella recelosa que temiera también ser violada, y comenzamos a movernos en nuestro escondite. Enteleridos, demacrados, con el pelo en desorden, más parecíamos juerguistas al final de una estruendosa cuchipanda, que asustados mortales poniendo a buen recaudo su pellejo. Yo veía a las Gallardos, lívidas, ojerosas, despechugadas, y ellas quizá me miraron como a un Lázaro, en pantalones y camisa, que resucitara nuevamente.

—¿Ya se irían los bandidos? ¿Qué habrá pasado afuera?